

# La Maternidad Espiritual de María

José L. Idígoras, S.J.

Toda la vida cristiana de nuestros pueblos latinoamericanos se encuentra marcada desde sus orígenes por la devoción a María y de manera muy especial por la piedad filial hacia la que ha considerado siempre como a la Madre en plenitud. Rubén Vargas ve ya en el saludo con que los marineros saludaron el descubrimiento del nuevo Continente, entonando juntos la *salve*, un preludio de la devoción que iba a arraigar con el tiempo hacia la Madre en todos los nuevos países convertidos al cristianismo. El escribe la historia de las diferentes imágenes y santuarios de la Madre, esparcidos por la tierra americana y se esfuerza en señalar "las hondas raíces que echó en nuestro suelo la devoción a María". "Las imágenes más populares, las de más arraigo entre nosotros, aquellas cuyo culto no se ha interrumpido, antes bien ha ido en aumento, son precisamente las de más genuina cepa americana, las más nuestras por su origen y por las circunstancias que han rodeado su desenvolvimiento". Y a su juicio el tema central de toda esa floración de santuarios y de imágenes es la maternidad de María, "la infinita piedad de la Madre de Dios y la confianza ilimitada en su valimiento". En el cristianismo de nuestro pueblo es imposible prescindir de la presencia maternal y ubicua de María.

La tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, al tratar de describir la fe de nuestros pueblos, pone también especial insistencia en la veneración a María, la Madre. Refiriéndose a nuestra historia, nos dice: "María constituyó el gran signo de rostro maternal y misericordioso de la cercanía del Padre y de Cristo con quienes ella nos invita a entrar en comunión. María fue también la voz que impulsó a la unión entre los hombres y los pueblos", como es la misión de la madre en la familia (DP 282). Si Pablo VI podía decir que la devoción a María es un elemento intrínseco y cualificador de la genuina piedad de la Iglesia, Juan Pablo II no duda en manifestar que María y sus misterios "pertenecen a la identidad propia de estos pueblos (latinoamericanos) y caracterizan su piedad popular" (DP 454). Y describe esa devoción a María precisamente como un hondo sentimiento filial que prepara los caminos hacia Cristo.

En este artículo queremos hacer una reflexión sobre este hecho fundamental de nuestra fe. Queremos elucidar el auténtico sentido de inculturación en esa devoción de nuestro pueblo. O si se trata más bien, como han pretendido algunos críticos, de un desarrollo afectivo popular

---

Rubén Vargas Ugarte, *Historia del culto de María en Iberoamérica y de sus imágenes y santuarios más celebrados*, Madrid, 1956, I, pg. XIXs.

que brota de las aspiraciones sentimentales de gentes sencillas, pero que nada tiene que ver con el espíritu evangélico. Nadie duda hoy de la necesidad de una inculturación del evangelio en las más diversas culturas. Y eso significa integrar en la vivencia cristiana aportes originales y propios de cada cultura. Pero ahí yace el problema de la fidelidad al mensaje revelado que siempre se ha de conservar. Por eso nos vamos a preguntar si la devoción a María, el gran signo de rostro maternal, arraiga consustancialmente en el evangelio, o si por el contrario es un rasgo autóctono y sin importancia que, en el mejor de los casos, se podría respetar en nuestra vivencia inculturada del cristianismo.

### I. Cultura de Rasgos Maternales

Y es que de hecho hay muchos rasgos en nuestra cultura que parecen caracterizarla como maternal. Es quizás una clasificación ambigua, pero que muchos admiten, comenzando por caracterizar los rasgos de la divinidad. En unos casos se trata del simbolismo materno, telúrico, que se desarrolla en torno a la vida y a la muerte, a la generación y a la fecundidad. En otros preferentemente del paterno, uránico, orientado hacia la infinitud y la trascendencia<sup>2</sup>.

Si nos fijamos en las religiones aborígenes, no deja de llamarnos la atención la figura preponderante de la Pachamama, o Madre Tierra, que hasta hoy sigue ejerciendo un gran influjo religioso sobre los habitantes de los campos. J. V. Núñez del Prado Béjar nos asegura que la Pachamama se encuentra en el vértice supremo del panteón indígena. "Nos parece más bien que podría en ciertas circunstancias tener una categoría similar al Roal, pues sus poderes no están supeditados a los de éste ni le han sido delegados por él, como en el caso de los grandes Apus. Sería más bien un ser de vigencia pan-terráquea, que interviene como el factor femenino en el génesis de las cosas. Teniendo preponderancia en la agricultura, también está relacionada a las hembras, en el génesis de los animales y vinculada a las ceremonias del matrimonio tradicional"<sup>3</sup>. A la benignidad maternal une también el ensañamiento y la venganza femenina.

Por tratarse de una cultura agrícola, se comprende fácilmente la preeminencia de la divinidad femenina y fecunda. No deja de ser sintomático el hecho de que Manco Qhpac, el fundador de la dinastía de los incas, se nos presente como hijo de Mama Wako, sin que se conozca el nombre de su padre. Y es que la maternidad es el hecho fundamental. Hasta hoy son corrientes en los Andes rezagos de creencias de que la mujer puede quedar embarazada, al cruzar un río, o al sentarse sobre la nieve<sup>4</sup>. Y en la misma vida social de esos pueblos aborígenes, "la madre

<sup>2</sup> Ver L. Boff: *El rostro materno de Dios*, Madrid, 1980, 104s.

<sup>3</sup> Juan V. Núñez del Prado Béjar: "El mundo sobrenatural de los quechuas del sur del Perú a través de la comunidad de Qotamba", en *Allpanchis*, 2. (1970), 73

<sup>4</sup> En *Allpanchis*, 3 (1971), 19s.

desplaza al padre" en la procreación de los hijos. Y hasta se puede decir que "hablando en general, en la sociedad campesina andina, la mujer *decide*, mientras el hombre *figura y ejecuta*"<sup>5</sup>.

La divinidad solar de los incas ha dejado muy pocas huellas en el presente. Fue quizás un "dios ocioso" que fue reemplazado y dinamizado en los momentos en que se organizaba el Tawantinsuyo por una divinidad solar más dinámica y organizadora, pero que a su vez decayó con el imperio que simbolizaba. Fue más bien privilegio de un grupo minoritario y por eso se disipó fácilmente sin dejar huellas<sup>6</sup>.

Juzgamos que en nuestra actual cultura latinoamericana perduran también muchos de esos rasgos típicamente maternos. Las culturas más marcadas por el rostro paterno suelen orientarse hacia la actividad laboriosa y dominadora del mundo, hacia la conquista y la creatividad, hacia el establecimiento del orden natural y social, hacia el trabajo con toda la preparación ascética que requiere. Y su meta suele ser el orden racional en todas las relaciones entre los hombres y con el mundo. Nuestra cultura parece marcada por características diversas.

Cuando Puebla pretende presentarnos las características propias de nuestro pueblo, alude a un conjunto de rasgos que no dudáramos señalar como maternos. "El hombre latinoamericano posee una tendencia innata para acoger a las personas, para compartir lo que tiene, para la caridad fraterna y el desprendimiento, particularmente entre los pobres, para sentir con el otro la desgracia en las necesidades. Valora mucho los vínculos especiales de la amistad, nacidos del padrino, la familia y los lazos que crea" (DP 17). Más que rasgos de una lucha hacia afuera por el dominio y la organización del mundo, son rasgos afectuosos que fomentan el gozo familiar, o la intimidad compartida en la casa, la aldea, el barrio o el sindicato (DP 452).

En el mismo sentido podemos interpretar la afirmación de Puebla de que nuestra cultura "conservada de un modo más vivo y articulador de toda la existencia en los sectores pobres, está sellada particularmente por la intuición y el corazón" (DP 414). No es la cultura racionalista del mundo moderno e imperialista, sino una cultura emotiva e intuitiva, rasgos ambos muy típicos de la disposición maternal. Por eso encuentra nuestra cultura con mucha dificultad su expresión propia en el mundo de la técnica y se manifiesta mucho más naturalmente en la "plasmación artística, en la piedad hecha vida y en los espacios de convivencia solidaria".

Un síntoma que quizás nos viene a confirmar lo dicho es el arraigo popular que en relativamente corto tiempo ha alcanzado la fiesta de la madre. Hoy podemos decir que es entre nosotros una de las más honda-

---

<sup>5</sup> L.c.

<sup>6</sup> Ver Franklin Pease G., *El Dios creador andino*, Lima, 1973, 21ss.

mente vividas en todos los niveles sociales. No se trata sólo del inmenso eco resonador de los medios de comunicación ni de las ingentes ventas de regalos que casi se equiparan a las de navidad. Pues esos son rasgos exteriores fomentados por la codicia de los comerciantes. Se trata de la honda mística que se advierte en todos los hogares, escuelas, asociaciones y aun centros de trabajo. Y lo mismo podemos decir de las sentidas visitas a los cementerios y el derroche de flores. Desde los más remotos lugares viaja la gente a encontrar a la madre ausente o a visitar el cementerio en ese día. Las celebraciones, las poesías, los cánticos son formas de expresión de algo que se vive muy hondamente.

Quizás otro síntoma es el carácter sagrado, pero maléfico, que posee el insulto contra la madre de aquel a quien se quiere ofender. "Mentar la madre" a alguien es el más hiriente de los insultos que se pueden proferir. Y no es extraño que muchos penitentes, en sus confesiones, se acusen de haberlo proferido. Se advierte que los que se acusan reconocen haber profanado de alguna manera una realidad sagrada.

Si es así que nuestra cultura es predominantemente maternal, podría pensarse que la devoción a María, la Madre, es meramente un rasgo autóctono que se podría "tolerar" a lo sumo en la vivencia cristiana popular. Esa parece ser la actitud dominante de los protestantes que obsesivamente centran toda su veneración en Cristo y rechazan toda otra posible forma de mediación religiosa, tildándola de resabio de paganismo. Y muy en concreto la mediación de María, por cuanto la ven colmada de un afecto tan profundo y a veces hasta centralizador de la piedad católica<sup>7</sup>.

Por eso creemos que es de vital importancia para la fundamentación teológica de la devoción a María, la Madre, el mostrar que no se trata meramente de un rasgo cultural más o menos aceptable, en una inculturación latinoamericana del Evangelio. Nos parece que es fundamental el probar que la maternidad es algo tan esencial al mensaje bíblico que sin ella queda totalmente desvirtuado y deformado. Sólo sobre esa base, la devoción a María como Madre del Señor y Madre nuestra encontrará su verdadero lugar en el mensaje cristiano, como algo que brota de su misma esencia y que hay que aceptar sin desconfianzas ni titubeos.

## II. Fecundidad Materna y Maternidad Espiritual

Queremos comenzar por insistir en esta doble forma de concebir la misión maternal, pues su confusión suele contribuir a equívocos fundamentales en esta materia. Y es que muchas veces la sola alusión a las fuerzas maternas evoca el rechazo apasionado que los autores bíblicos hacen del paganismo circundante que amenazaba sin cesar a la religión mosaica. Y es que realmente se da en la revelación una lucha denodada contra el paganismo que se presenta ligado con frecuencia al culto de la

<sup>7</sup> K. Algermissen, *Iglesia católica y confesiones cristianas*, Madrid, 1964, 906.

fecundidad, donde la figura femenina y maternal suele ocupar el centro. Pero se trata en esos casos de un rechazo de la religión que se centra en el plano vital de las fuerzas biológicas, lo mismo en las plantas que en los animales y el hombre. Esa participación en el éxtasis creador de las fuerzas naturales, en estrecha vinculación orgiástica con las divinidades de la vida es lo que constituye el paganismo.

No es extraño por eso que abunden los textos en el Antiguo Testamento donde se evidencia la lucha implacable del yahvismo contra esas formas de religión vital. Pues la religión moral y de salvación que anuncian los profetas es contraria a esos ritos libertinos y sobre todo a su aspiración de identificación mística con las fuerzas generadoras. El contraste entre la religión vital de los cananeos y el mensaje espiritual y moral de la religión mosaica se nos ha presentado a veces como un choque entre lo femenino y lo masculino. Frente al paganismo divinizador de la fecundidad, cuyo símbolo expresivo es la madre, fértil y estimuladora del éxtasis sexual, el yahvismo se presenta como la religión del padre que impone una ley moral y una alianza que exige fidelidad y sacrificios siempre hacia el mundo escatológico de las promesas.

Basta aludir a la diosa Aserá que en el panteón cananeo era la esposa de El. Los israelitas se sentían profundamente atraídos por sus cultos en los que se practicaba la adivinación y se realizaban cultos de fecundidad con ritos licenciosos, de identificación con las fuerzas generativas, en los bosques sagrados y en los cerros, generalmente durante la noche. No era extraño que la diosa tuviera sus sacerdotisas o hieródulas, cuyo contacto sexual se consideraba como dinamizador de la fecundidad de la propia familia, de los campos y de los ganados. Todo este paganismo giraba en torno a la figura femenina, como fuente de fertilidad maternal. Y precisamente por el impacto seductor que ejercía sobre el pueblo judío es que los profetas levantan su voz airada contra él.

Así se expresa Oseas contra el pueblo idólatra: *“Mi pueblo consulta a su madero y su palo le adoctrina, porque un espíritu de prostitución le tiene extraviado y se prostituyen sacudiéndose de su Dios. En las cimas de los montes sacrifican, en las colinas queman incienso, bajo la encina, el chopo o el terebinto, ¡qué buena es su sombra! Por eso si se prostituyen vuestras hijas y vuestras nueras cometen adulterio, no visitaré yo a vuestras hijas porque se prostituyen, ni a vuestras nueras porque cometen adulterio, pues que ellos también se retiran con esas prostitutas y sacrifican con las consagradas a la prostitución”* (Os 4, 12ss). De la misma manera Josías, cuando mandó hacer la purificación del templo, arrojó y quemó todos los objetos consagrados a Aserá y Baal. *“Sacó la Aserá de la casa de Jahvéh fuera de Jerusalén, al torrente Cedrón, la redujo a cenizas y arrojó las cenizas a las tumbas de los hijos del pueblo. Derribó las casas de los consagrados a la prostitución que estaban en la Casa de Jahvéh y donde las mujeres tejían velos para Aserá”* (2 R 23, 6ss).

No muy distinta de ella era la diosa Astarté, divinidad del amor y del nacimiento a la que se veneraba con celebraciones inmorales, con estatuillas obscenas y amuletos que solían llevar los israelitas. Las críticas proféticas contra esta diosa que se equiparaba con el lucero de la mañana son muy semejantes a las anteriores (Jr 44, 17ss; 7,18).

Es natural que frente a esos peligros paganizantes, el culto de Israel se esforzara en distanciarse de todo lo que mostrara vestigios paganos y muy en concreto de toda participación de la mujer en el culto, como mediadora de vida y fecundidad. El nuevo culto moral del yahvismo exigía nuevos mediadores de los que la mera sospecha de paganismo estuviera excluída. Si para la fecundidad de los campos y los ritmos cíclicos de la vida, la mujer ocupaba un lugar irremplazable, en la nueva religión de la fidelidad y de la ley sólo el varón podía ser mediador. Baruc se burla de los sacerdotes que pagan con el fruto del culto a las prostitutas de las terrazas. Y como argumento decisivo contra la autoridad de los ídolos, argumenta: "*Son mujeres las que presentan ofrendas ante esos dioses de oro y plata*" (9,29). Y hasta en la participación masculina se evitaba todo cuanto pudiera sugerir la sensualidad. Por eso se legisla: "*Por tanto tampoco subirás por gradas a mi altar, para que no se descubra tu desnudez ante él*" (Ex 20,26).

Ha sido esa dimensión lasciva y fecunda de la mujer la que ha levantado frente a ella todo un cerco de sospechas. Y lo que sucedió en la etapa bíblica, se prolongó en la historia de la Iglesia en la que volvieron a resurgir los movimientos paganizantes. El ejemplo más típico es el montanismo, surgido en Asia Menor, donde las tradiciones religiosas en torno a la *Magna Mater* estaban muy arraigadas. Montano se solía presentar acompañado de dos profetisas, Maximila y Priscila. De una de ellas se aseguraba que había tenido una visión de Cristo, vestido de mujer. Así se trataba de fundamentar la intervención femenina en el culto cristiano. Pero se trataba de una perversión de dicho culto, pues de lo que se trataba era de revivir las viejas bacanales paganas, donde abundaba el licor y los excesos sexuales. Llegaron a deformaciones monstruosas, como celebrar la eucaristía con sangre extraída de un infante"<sup>8</sup>.

Ha sido una visión parcial y sensualizada de la mujer la que la ha separado de una participación activa en el culto y en la vida de la Iglesia. Y en esa misma dirección, la crítica protestante, ante el culto a María, reacciona con un rechazo total, sospechando una vuelta al paganismo. Pero María se nos va a presentar en una dimensión nueva y espiritual de la maternidad, cuyo sentido está íntimamente relacionado con la esencia misma del evangelio.

Como un ejemplo actual de esa presentación de la mujer en su dimensión más sensual y suscitadora de una mística religiosa, vamos a citar

<sup>8</sup> S. Epifanio, *De haer.* 27.

un texto literario moderno. Es un bello párrafo que nos hace sentir las vibraciones que pudieron vivirse en las religiones paganas. Pero toda la concepción de la mujer va en la línea de la maternidad vital y biológica. Es la protagonista del drama la que reflexiona así: "El error comenzó al ser creado Dios a imagen del hombre. Naturalmente que las mujeres querían verlo así, pero los hombres, recordando a sus madres, debieron ser lo bastante caballerescos para hacer de Dios una mujer. Pero el Dios de los dioses, el Amo... siempre fue un hombre. Eso hace tan pervertida la vida y tan poco natural la muerte... Debiéramos concebir a la vida como una creación de Dios Madre, entre los dolores del parto. Entonces comprenderíamos por qué nosotros sus hijos hemos heredado el dolor, sabiendo que el ritmo de nuestras vidas late desde su gran corazón, desgarrado por la tortura del amor y del alumbramiento. Y comprenderíamos que la muerte significa la reunión con Dios Madre, un retorno a su sustancia para ser de nuevo sangre de su sangre, paz de su paz... ¿No sería esto más lógico y satisfactorio que hacer de Dios un varón cuyo pecho estalla de egolatría y que es demasiado duro para las cabezas cansadas y por lo tanto incómodo?"<sup>9</sup>.

Algo de esta orientación panteísta se suele esconder en muchas representaciones femeninas de Dios y de la religión. Con lenguaje poético se nos presenta un gran seno maternal del que fluye la vida en todas sus variaciones y al que termina por volver todo ser. En esa *Magna Mater* lo mismo el nacimiento que la muerte no pasan de ser deslizamientos o breves desprendimientos de la matriz universal a la que todo refluye. Sobre ese trasfondo mítico, se puede desarrollar una religión optimista, pagana, que goza de la vida y la celebra con exaltaciones de las fuerzas vitales numinosas, ya que en todo impulso vital se halla presente la energía divinizadora de esa Madre abarcante. Pero también se puede desarrollar una religión pesimista que se siente abrumada por el paso rutinario, doloroso y esclavizante de ese flujo y reflujo trágico, sin sentido de esperanza. Lo mismo en el paganismo que en muchas concepciones religiosas indias, encontramos ese fondo mítico de una madre universal y portadora de la vida de todos sus hijos.

Han sido éstas y otras concepciones similares las que han desatado en la tradición judeo-cristiana una reacción excesiva contra lo que pudiera ser la mediación femenina en lo religioso. Y algo de esa actitud se percibe en las críticas protestantes a la devoción popular a María, como si se tratara de una vuelta a los cultos de la Magna Mater o de la Pachamama. Ven ahí como una regresión al paganismo y una adulteración del mensaje cristiano.

Pero esa consideración de lo femenino y maternal es unilateral y deja de lado otros aspectos que no sólo se apartan del paganismo, sino

---

<sup>9</sup> Eugene O'Neill: "Extraño interludio", en *Obras*, B. Aires, 1960, II, 188.

que expresan el mensaje bíblico en su más profunda dimensión. Nos referimos muy especialmente a la maternidad espiritual. Una maternidad que puede ir unida, o no, a la maternidad biológica y corporal, pero que no se centra básicamente en ese aspecto. Es más bien la maternidad espiritual que se caracteriza por el amor protector de lo débil, por la auto-entrega generosa al que se ama y se halla en la necesidad, por el desbordamiento del amor que se irradia sin medida hacia los que imploran, con sus palabras o sus sufrimientos, esa entrega. Esta misión amorosa de la madre que ama cuanto en la vida humana se halla desfalleciente y amenazado, la encontramos de modo impresionante en el centro del mensaje bíblico. Y se aplica a Dios, a Cristo, a María o a la Iglesia, según su propia naturaleza.

No se trata aquí de la fertilidad maternal que centra el interés en la procreación y en la estimulación de las energías generatrices. Se trata de la maternidad espiritual que se manifiesta en ese amor inclinado hacia los menesterosos, que el Nuevo Testamento ha designado como *agape*. Es decir, un amor emotivo y sacrificado, desprendido de sí y consagrado a hacer la vida más rica y más plena, defendiéndola de los innumerables peligros que la acechan. No se trata de dinamizar fuerzas telúricas o sexuales. Se trata del encuentro personal y amoroso, en las situaciones en que uno de los amantes se halla en la debilidad y el riesgo y el otro puede acudir a socorrerlo maternal y cristianamente.

Lo esencial del amor cristiano está en el *agape* que no es la aspiración anhelante del *eros* en búsqueda de energía y de belleza, sino la autodonación generosa al desvalido. ¿No podemos afirmar que no existe en toda la creación un ejemplo humano más conmovedor y más semejante al que Cristo nos revela en su evangelio, que el amor materno en esta dimensión espiritual de la entrega protectora y amorosa? ¿No es de alguna manera el amor materno el supremo sacramento que la naturaleza nos ha dejado del amor desbordante de Dios a sus creaturas que Cristo nos revela con su mensaje y sobre todo con su vida?

### III. El Amor Maternal de Dios

Resulta muy difícil querer hablar del amor materno de Dios, distinguiéndolo precisamente del amor paterno, pues se trata siempre en Dios de expresiones simbólicas. Dios no es padre ni madre en el sentido propio como lo experimentamos en la familia humana. Y sin embargo no hay duda que de muchos pasajes bíblicos podemos decir con toda razón que se manifiestan como claramente paternas, mientras otros nos presentan la ternura maternal del mismo Dios. Y hablando en general, ¿no podemos decir que en el Nuevo Testamento Dios se nos revela con rasgos más maternales que en el Antiguo? Y que en el mismo Antiguo Testamento se va dando una evolución hacia una concepción de Dios más maternalmente amorosa.



Para distinguir de alguna manera el amor maternal del paterno, podemos utilizar la caracterización que nos ofrece E. Fromm. Para él, el hijo resume así la actitud que siente en la madre cuando le ama: "me aman por lo que soy, o quizás más exactamente, me aman porque soy". Es el mismo ser del hijo el que merece el cariño sin que se necesiten otros méritos especiales. En ese sentido, la experiencia del ser amado por la madre es de alguna manera pasiva. "No tengo que hacer nada para que me quieran; el amor de la madre es incondicional. Todo lo que necesito es *ser*: ser su hijo. El amor de la madre significa dicha, paz, no hace falta conseguirlo ni merecerlo"<sup>10</sup>. Ese amor incondicionado de la madre responde a uno de los anhelos más profundos del corazón y nos confiere la seguridad de ser amados en todo caso, aun cuando nosotros nos hagamos indignos de ese amor.

El amor paterno es distinto. El padre no es tanto el que protege la vida del niño y la alimenta con su entrega y su amor, sino el que inicia al niño en la aventura de la vida, el que le orienta por el arduo camino que deberá recorrer después solo. "El amor paterno es condicional. Su principio es: 'te amo *porque* llenas mis aspiraciones, porque cumplés con tu deber, porque eres como yo'"<sup>11</sup>. En este sentido, el amor paterno exige una mayor actividad. Debe ganarse y puede perderse de acuerdo a nuestras obras. Y la virtud principal para alcanzar ese amor suele ser la obediencia. Por el contrario la desobediencia hace que el amor paterno se pierda.

Si con estas breves indicaciones nos acercamos a considerar el amor de Dios que se nos presenta en la revelación, no hay duda que podremos encontrar muchos rasgos del amor de Dios que caracterizaremos como paternos. Pero a la vez, y a medida que la revelación va avanzando, el amor de Dios se nos manifiesta más condescendiente e incondicional con su pueblo. Y es que el pueblo pasa también de un estado de soberanía y de poder, a una condición afligida y perseguida que excita la compasión maternal de Dios por su hijo débil y amenazado. Y es ahí donde la maternidad de Dios empieza a revelárenos de modo impresionante, por encima del sexo atribuido a su ser que se ha de entender siempre con el tamiz de la analogía.

No hay duda que si nos acercamos a muchos de los textos más antiguos de la revelación, nos encontraremos con un Dios de rasgos marcadamente paternos. Su figura se asemeja a la del guerrero, a la del jefe celoso del clan que propende a la ira y a la violencia. Protege por eso a su pueblo, adiestrándolo para la guerra, exigiendo fidelidad y obediencia a los preceptos que condicionan la organización del pueblo. "En los tiempos remotos de Israel fue sin duda la actividad guerrera de Yahvéh, en la cual se hacía palpable su poder, lo que suscitaba en los hombres la respuesta más poderosa. Los más antiguos cantos ensalzan al

---

<sup>10</sup> E. Fromm, *El arte de amar*, Buenos Aires, 1962, 53.

<sup>11</sup> L.c. 56s.

Dios de la guerra: él sepulta a los egipcios en el mar, a él le siguen los poderes del cielo y los ejércitos de la tierra cuando baja del Sinaí para aplastar a los cananeos ante su pueblo. La táctica de la guerra obedece a su sabio oráculo, a él se consagra el botín y su ira se ensaña contra los culpables cuya traición ha arrebatado la victoria al pueblo o que se han resistido a su llamamiento. Al igual que está asegurada su bendición para el que pelea con valentía. Son muchos los sobrenombres con que se honra a Yahvéh en que está reflejada la impresión que produce en los piadosos esa experiencia de Dios: en los himnos el Dios de Israel es cantado como un héroe de guerra, lleno de fuerza y apreciado por encima de todos, temible y magnífico en su santidad, poderoso y hacedor de portentos<sup>12</sup>. Su nombre característico es el Señor de los ejércitos.

Esta imagen de Dios posee indiscutiblemente rasgos paternos. Dios ama a su pueblo y le exige una entrega generosa y aguerrida a su causa y colma de bendiciones a los héroes que luchan o entregan su vida al servicio del pueblo. Es la imagen que Nietzsche reverencia por encima de la que encuentra en el Nuevo Testamento. Ahí encuentra la voluntad de poder, mientras el Dios evangélico se le presenta como débil y decadente. "Su Yahvéh era la expresión de la conciencia de poderío, el gozo de sí mismo, la esperanza de sí mismo; en él se esperaba la victoria y la salvación, con él se tenía confianza en la naturaleza, se esperaba que la naturaleza diese aquello de que el pueblo tenía necesidad"<sup>13</sup>.

Pero a medida que la historia de Israel avanza, la imagen viril y guerrera de ese Dios empieza a ablandarse y los rasgos maternos y compasivos se destacan con esplendor creciente. Y una de las razones tenemos que buscarla en la condición misma del pueblo que pasó de una etapa de poderío y de grandeza a una serie sucesiva de derrotas que le fueron despojando de su independencia, de su santuario y aun de su propia comunidad nacional. Cuando W. Eichrodt nos habla del "vuelco radical" que el profetismo significa con respecto a concepciones anteriores, añade: "No hay ninguno de ellos que no deba su nuevo conocimiento de Dios a haber visto rota la vida que hasta entonces había llevado, hechos añicos los planes y pensamientos que hasta entonces habían regulado su relación con el mundo". Y la misma experiencia llegó hasta el pueblo con las crecientes amenazas que se cernían sobre el estado israelita y sobre sus mismas vidas expuestas al cautiverio y a la muerte<sup>14</sup>.

No es por eso extraño que empiecen a aparecer nuevas descripciones del amor de Dios que se muestran mucho más maternos. En algunos casos se trata de metáforas atrevidas que ya osan presentar a Yahvéh como una madre compasiva, lo que indudablemente suponía un cambio

<sup>12</sup> W. Eichrodt, *Teología del Antiguo Testamento*, Madrid, 1975, I, 209.

<sup>13</sup> Nietzsche, *El Anticristo*; n. 25, Buenos Aires, 1958, X 319.

<sup>14</sup> W. Eichrodt, l.c. I, 318s.

en la mentalidad viril y guerrera anterior. *“Pero dice Sión: Yahvéh me ha abandonado, el Señor me ha olvidado. ¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque éstas lleguen a olvidar, yo no te olvido”* (Is 49,15). No se trata sólo de la comparación con la madre. Se trata de que el amor de Dios es ahora tierno, compasivo, inclinado hacia el hijo pequeño y empobrecido. Y en el mismo sentido suenan las palabras: *“Sus niños de pecho en brazos serán llevados y sobre las rodillas serán acariciados. Como uno a quien su madre le consuela, así yo os consolaré”* (Is 66,12s). Como señala Moltmann, “cuando se califica a Dios de ‘misericordioso’, se le aplica la forma más elemental de amor materno”<sup>15</sup>.

Esa misma ternura hacia el hijo que es ahora débil y necesitado del cariño materno se nos muestra en estas palabras de Oseas: *“Cuando Israel era niño, yo le amé y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba más se alejaban de mí... Y con todo yo enseñé a Efraim a caminar, tomándole en mis brazos, mas no supieron que yo cuidaba de ellos. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él para darle de comer”* (Os 11,1ss). Aunque aquí el sujeto es el padre, el amor que se nos describe es maternal. Es un amor que suplica a sus hijos, no que los amenaza. Les pide no alejarse de su camino como si fuera El quien necesita de ellos. Es un amor que se muestra incondicional por encima de pecados y traiciones. Es un amor delicado y tierno que se inclina hacia los desvalidos, los nutre y los consuela, precisamente porque están en peligro. Dios se muestra cada vez más maternal y sus sentimientos dejan de ser los del padre energético y propugnador de las luchas conquistadoras.

Esos mismos tonos maternales suenan en las exhortaciones de Dios que nos desarrolla Jeremías: *“¡Si volvieras, Israel, oráculo de Yahvéh, ¡si a mí volvieras!, ¡si quitaras tus Monstruos abominables y de mí no huyeras!”* (Jr 4,1). De nuevo desaparece el rigor de la exigencia paterna y desborda la súplica implorante de la madre que sólo anhela la presencia de sus hijos para perdonarles con generosidad. Y ese mismo sabor maternal poseen estas frases: *“¿Es un hijo tan caro para mí Efraim, o niño tan mimado que tras haberme dado tanto que hablar, tenga que recordarlo todavía? Pues en efecto se han conmovido mis entrañas por él; ternura hacia él no ha de faltarme —oráculo de Yahvéh—”* (Jr 31,20). La actitud de Dios parece ir contra la razón. Pero se justifica porque las entrañas —en el sentido femenino de la maternidad— se le han conmovido a Dios y le llevan a esa conducta condescendiente y generosa.

El Papa Juan Pablo II en su encíclica *Dives in Misericordia* nos habla expresamente de dos dimensiones diversas del amor de Dios. Una de tonalidad más paternal —*hesed*— y otra con raigambre femenina en

<sup>15</sup> J. Moltmann, *Trinidad y Reino de Dios*, Salamanca, 1983, 86.

las entrañas de la madre —*rahamim*—. Este último vocablo, nos dice el Papa, “ya en su raíz, *denota el amor de la madre (rehem = regazo materno)*. Desde el vínculo más profundo y originario, mejor, desde la unidad que liga a la madre con el niño, brota una relación particular con él, un amor particular. Se puede decir que este amor es totalmente gratuito, no fruto de mérito, y que bajo este aspecto constituye una necesidad interior: es una exigencia del corazón. Es una variante casi ‘femenina’ de la fidelidad masculina a sí mismo, expresada en el *hesed*. Sobre este trasfondo psicológico, *rahamim* engendra una escala de sentimientos, entre los que están la bondad y la ternura, la paciencia y la comprensión, es decir, la disposición a perdonar”<sup>16</sup>.

Ahora bien juzgamos que ese cambio hacia los tonos más maternos no es una variación accidental que se podría atribuir al ambiente o al carácter de los hagiógrafos. Juzgamos que se está operando ahí una transformación fundamental en la entraña misma de la religión veterotestamentaria y que nos va conduciendo progresivamente hacia el Nuevo Testamento. Es la figura misma de Dios la que va cambiando. El guerrero y conquistador se va transformando en padre tierno y bondadoso, o casi podríamos decir en madre entrañable que acoge a sus hijos acosados por peligros cada vez más amenazadores.

No queremos decir que todo el cambio que se va operando haya que atribuirlo a esa visión más maternal de Dios. La dimensión paterna sigue estando vigente y se perfecciona en la línea de una administración de la justicia más plena y más universal. Dios se va presentando más trascendientemente humano lo mismo en la línea más paterna de la justicia y la universalidad que en la materna de la compasión y la misericordia. Dios se nos va presentando como el juez de todos los pueblos con amplitud de espíritu paterno. Pero a la vez las crecientes miserias de Israel van estimulando el afecto y la ternura maternas hacia el hijo primogénito. Pero las metas de salvación para ese pueblo dejan de contemplarse como guerras conquistadoras a costa de los pueblos vecinos y se vislumbran como un encuentro escatológico con Dios en que podrán acogerse todos los pueblos.

La compasión maternal de Dios está ya en los orígenes del pueblo (Ex 3,7) y en los móviles de su elección (Dt 7,7). Pero es sobre todo a lo largo de una historia de prevaricaciones, donde la incondicionalidad del amor de Dios se nos muestra en plenitud. La misma imagen tan sugestiva de Oseas que compara a Dios con el esposo fiel a su esposa licenciosa, parece que se adapta mucho mejor a la conducta maternal que a la marital. Pues lo que entre las madres resulta común —el perdón tras la serie ininterrumpida de fallas y traiciones—, entre los esposos sólo puede hallarse como una excepción entre millares. El mismo Oseas incide en la imagen

<sup>16</sup> *Dives in misericordia*, n. 4, en la nota 52.

maternal, cuando ante la mera posibilidad de abandonar a su pueblo amado, Dios manifiesta: *"Mi corazón se me revuelve dentro a la vez que mis entrañas se estremecen"* (Os 11,8). Y es esa ternura maternal la que impide a Dios llevar a cabo su ira destructora.

Los salmos muestran también constantemente la desproporción entre las culpas de Israel y la reacción compasiva del Señor. La nota de la incondicionalidad de su amor vuelve a patentizarse. Su compasión le lleva a perdonar siempre y sin reserva. *"Clemente y compasivo es Yahvéh, tardo a la cólera y lleno de amor. No se querella eternamente ni para siempre guarda su rencor. No nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas. Como se alzan los cielos por encima de la tierra, así de grande es su amor para quienes le temen. Tan lejos como está el oriente del ocaso aleja él de nosotros nuestras rebeldías"* (Sal 103, 8ss). Y aunque la descripción se refiere siempre al padre bondadoso, no hay duda que la realidad responde mejor a la actitud maternal.

Esa dimensión maternal de Dios tiene una relación muy estrecha con la predilección que nos muestra hacia los pobres y humildes. *"Padre de los huérfanos y tutor de las viudas es Dios en su santa morada. Dios da a los desvalidos el cobijo de una casa"* (Sal 68,6s). *"No desdeña la súplica del huérfano, ni a la viuda cuando derrama su lamento"* (Sir 35,14). En el mismo sentido van algunas normas de la ley que denotan una delicadeza femenina y maternal, como cuando se manda no ingresar en la casa del pobre para reclamarle la prenda, sino esperar fuera a que la saque. O el detalle de mandar dejar algunas gavillas o racimos en las cosechas, para que los pobres los encuentren en su rebusca.

Y es que la mira del padre va más hacia lo grande, hacia el desarrollo de la producción, hacia la organización social justa, hacia la defensa contra los enemigos. La solicitud amorosa por los débiles y los enfermos, la preocupación por los desamparados es típicamente maternal. Y en este sentido no tememos remarcar lo profundo que en el Antiguo Testamento se halla la dimensión maternal de Dios que se nos revela en esa constante preocupación por los pequeños y los sencillos. Es sin duda la veta más rica e inspiradora del mensaje bíblico, en contraposición con las ansias dominadoras que tratan de ampararse en el poder omnipotente del padre.

Pero lo que más profundamente nos hace sentir la dimensión maternal de Dios es la causa que se nos presenta en su misericordia universal. El libro de la Sabiduría nos la formula así: *"Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues si algo odiases no lo hubieras creado"*. *"Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida"* (11,24ss). La razón del amor de Dios se pone precisamente en que ha dado el ser a todas las creaturas. Y no hay duda que la semejanza con la madre es impresionante. Por eso ama la madre aun a su hijo deforme, porque lo siente su propia obra. Y cuanto más débil y enfermizo lo encuentra, más lo ama pues siente su propia realización amenazada. Y

por eso el amor materno es incondicional, pues la vinculación con el hijo es esencial y no depende de las cualidades que tenga o de la conducta que siga. Así se nos presenta el amor de Dios que ama a todos los seres porque son suyos, obra de sus manos y de su amor. Y ama especialmente a los débiles porque siente en ellos su propia obra amenazada y en peligro. Y también por eso se trata de un amor incondicional que supera la misma conducta moral de cada uno de sus hijos. Algo semejante parece decirnos este texto: "*La misericordia del hombre sólo alcanza a su prójimo, la misericordia del Señor abarca a todo el mundo*" (Sir 18,13). Pues la misericordia de Dios se extiende a todos sus hijos, mientras la madre humana se centra en los suyos. Y además porque el Señor conoce privilegiadamente la contingencia de los corazones que él mismo ha formado.

Si venimos ahora al Nuevo Testamento, encontraremos que la imagen de Dios acentúa sus rasgos maternales. No queremos decir en manera alguna que se reduzca a ellos. La doble dimensión paterna y materna se continúa desde el Antiguo Testamento, aunque la materna aparece como privilegiada y dominante. Pero no podemos olvidar el tema tan reiterado del juicio de los pecadores que nos manifiesta al padre castigador y aun la amenaza reiterada del infierno que se lanza incesantemente contra los que rechazan el mensaje y divinizan las realidades terrenas. La escena misma del juicio revela el poder soberano de Dios y su justicia omnipotente.

Pero no hay duda que la imagen neotestamentaria de Dios se hace mucho más íntima y familiar, más cercana al hombre y a sus diarias congojas, más inundada de compasión con la débil condición humana. Nos llama en primer lugar la atención que el Dios que nos presenta Jesús rechace la justicia farisaica que se esforzaba por responder a la alianza con una observancia fiel y exacta de los más mínimos preceptos. Frente a esos esfuerzos que podrían satisfacer a un Dios rigorista y justiciero, el evangelio muestra a los pobres y a los humildes como a los privilegiados en el Reino de Dios. Y lo que es más sorprendente aún a los mismos pecadores que han quebrantado la ley y la alianza. Para la moral evangélica Dios se goza más con la conversión de un solo pecador que por la justicia de noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión (Lc 15,7). La justicia paterna ha cedido su lugar preponderante a la compasión maternal que sufre y se preocupa por los descarriados a los que ama precisamente por su abandono.

El Dios que Jesús nos muestra en el Evangelio se preocupa más por los enfermos que por los sanos. Y la razón es clara pues son ellos los que más ayuda necesitan en su enfermedad. Más que el cumplimiento puntual de los deberes sagrados, como la ley o el sacrificio, le afecta la misericordia con los débiles y enfermos (Mt 9,12s). Esa actitud, marcadamente maternal, se complementa con una serie de rasgos delicados y minuciosos que vuelven a evocar en nosotros la imagen de la madre. Dios tiene cuidado de sus hijos de manera que hasta los cabellos de sus

cabezas están contados y ni uno solo caerá sin la aquiescencia suya. Tiene cuidado solícito por el alimento cotidiano de los pajarillos y el vestido esplendoroso de las flores. El adivina los deseos de sus hijos para concedérselos aun sin que tengan necesidad de manifestárselos.

El mismo término de *abba* con que Jesús se dirige al Padre y nos enseña a invocarlo, parece colocado en la boca de un niño y resonar como una especie de beso que sin duda parece referirse mejor a la imagen materna que a la paterna. Y repetidas veces nos enseña Jesús a relacionarnos con Dios como niños sencillos y sin malicia. Y no hay duda que los niños se relacionan de manera más íntima y particular con la madre. La misma confianza que Jesús nos hace concebir en el perdón de Dios, sean cuales sean nuestras culpas, parece referirse más directamente al incondicional amor materno que al del padre que siempre está sujeto a condiciones (Mt 18,24s; Lc 5,32).

Ese perdón maternal e incondicional nos es expresado en su descripción más bella y dramática en la parábola del hijo pródigo. Aun cuando, como de ordinario la figura que se nos presenta es la paterna, los rasgos maternos predominan en toda la narración. En la condescendencia del padre con sus hijos al repartirles la hacienda. En su respeto al hijo menor, cuando éste decide abandonar la casa. En el sufrimiento cotidiano por el hijo ausente, como se revela en el detalle de que el padre vio de lejos a su hijo cuando volvía al hogar. Y sobre todo en el hecho de que no exige al pecador que regresa ni pruebas de su conversión, ni condición alguna para recibirlo, antes al contrario experimenta una alegría expansiva y derrochadora que muestra las entrañas maternas. El mismo texto evangélico nos habla de cómo se conmovió en sus entrañas, cuando divisó la figura lejana del hijo que volvía. Era eso lo único que le interesaba. El padre recibe a su hijo, como nos dice Juan Pablo II, "porque se trataba del propio hijo y tal relación no podía ser alienada ni destruída por ningún comportamiento"<sup>17</sup>. Es justamente la incondicionalidad del amor materno que ama al hijo por el mero hecho de serlo.

El reclamo del hijo mayor, junto a un cierto resentimiento envidioso, parece indicar la vía de la justicia más racional y fría. Por eso se escandaliza de la precipitación del padre que ni ha esperado su llegada para comenzar un suntuoso banquete, sin pedir a su hijo la más leve prueba de la sinceridad de su conversión. Pero como nos dice el Papa, en el mismo contexto, "el amor se transforma en misericordia, cuando hay que superar la norma precisa de la justicia". Y esa es la actitud dominante en la imagen evangélica de Dios. "La misericordia tiene la forma interior del amor, que en el Nuevo Testamento se llama *agape*. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado".

<sup>17</sup> *Div. in miser.*, n. 5.

Esa visión evangélica de Dios se profundiza aún más, cuando se reflexiona sobre el misterio de Cristo y su relación con su Padre. Moltmann nos hace ver que sólo en este contexto podemos comprender la verdadera naturaleza del Dios cristiano. Según él, el monoteísmo fue y sigue siendo la religión del patriarcado, cuyas representaciones dominadoras son el super-yo, el padre de familia, el soberano y el Dios castigador. El panteísmo por el contrario fue probablemente la religión del antiguo matriarcado. Entre esas dos corrientes trata él de precisar la verdadera imagen del Dios cristiano que es el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Pero ahí la palabra padre ha adquirido un significado nuevo y diverso.

Precisamente porque el Hijo ha procedido del Padre por generación o nacimiento, la imagen paterna cambia radicalmente: "Un Padre que engendra y da a luz al mismo tiempo a su Hijo no es un padre masculino. Es un padre maternal. No es un patriarca unisexual, sino —siguiendo el lenguaje metafórico— bisexual o transexual. Debe representarse como *padre maternal* y como *madre paternal* de su Hijo al mismo tiempo. Justamente la tradición dogmática ortodoxa, que tomó en serio la trinidad y la defendió contra todo peligro de monoteísmo, formuló en este punto las afirmaciones más audaces. Según el concilio de Toledo, 675, 'es preciso creer que el Hijo no fue creado de la nada ni de alguna sustancia, sino que fue engendrado y nació del seno maternal del Padre (*de utero Patris*), es decir, de su esencia'. Cualquiera que sea la interpretación que se dé a la ginecología de Dios Padre, el sentido de estas afirmaciones bisexuales sobre el Padre trinitario constituye la negación radical del monoteísmo, siempre patriarcal"<sup>18</sup>.

Y lo que se realiza en el seno de la Trinidad se amplía de nuevo con la misión del Hijo. No existía de nuestra parte mérito alguno para que pudiéramos congraciarnos con el amor de Dios. Y fue así como gratuitamente y sin méritos nuestros Dios nos entregó a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados. Dios se muestra así generoso y condescendiente y nos revela el sentido de su *agape*. Amor que es autodonación generosa y gratuita, como el milagro del amor materno que se funda no en nuestros méritos, sino en su amor. El amor evangélico se nos muestra así teñido de connotaciones maternales. Y precisamente porque Dios nos ha amado inclinándose piadosamente hacia nuestra miseria, por eso nos inspira el amor evangélico que muestra preferencia sólida por los pobres y los enfermos.

Esta revolución en la concepción de Dios la han advertido los enemigos del cristianismo que juzgan que se trata de una degeneración. Así nos lo expresa Nietzsche: "Si la suposición de la vida ascendente, si todo lo que es fuerte, valeroso, soberano, fiero, es eliminado del concepto de

---

<sup>18</sup> J. Moltmann, l.c., 181.



Dios; si paso a paso Dios se rebaja hasta llegar a ser el símbolo de un báculo para los fatigados, un ánora de salvación para todos los náufragos; si llega a ser el Dios de los pobres, el Dios de los pecadores, el Dios de los enfermos por excelencia", entonces Dios pierde toda su grandeza y se convierte en el Dios "de todos los rincones y lugares oscuros, de todos los barrios malsanos del mundo entero. Su reino mundial es un reino del mundo subterráneo, un hospital, un ghetto. Y él mismo es tan pálido, tan débil, tan decadente"<sup>19</sup>. Es el paso del Dios guerrero al Dios maternal y compasivo. Es la grandeza evangélica que es locura a los ojos del mundo.

#### IV. La Maternidad Espiritual de Cristo

La aplicación de la maternidad espiritual a Dios no puede resultar extraña, ya que Dios trasciende todo lo creado y en él se dan formal o eminentemente cuantas perfecciones pueden hallarse en las creaturas. Pero hemos tratado de mostrar que la revelación expresamente atribuye a Dios los rasgos maternos que se van acentuando con el tiempo y adquieren plena consistencia con la predicación evangélica.

Pero ahora nos hacemos una pregunta ulterior. ¿Podremos atribuir también la maternidad espiritual a Cristo? Algunos se resisten a esta terminología. Y argumentan que si en Dios puede darse la *coincidentia oppositorum* de modo que sea padre y madre a la vez, Cristo por ser hombre está esencialmente vinculado a las limitaciones y contingencias de lo humano. Y todo hombre es un ser determinadamente sexuado. Y la revelación nos ha puesto de relieve que Cristo se hizo varón y no mujer. ¿Podremos seguir hablando entonces de la maternidad espiritual de Cristo?

En primer lugar, podemos contestar que la revelación nos muestra a Cristo como el sacramento del Padre. El que lo ve a él, ve al Padre y el que le escucha a él, escucha al Padre. Ahora bien, si Cristo es para nosotros la suprema y cabal manifestación de Dios, y en Dios hemos encontrado la dimensión maternal como constitutiva, ¿podremos comprender a Cristo, si prescindimos de esta dimensión de su maternidad espiritual? Si Cristo es la imagen plena de Dios ¿no habrá de mostrar también su dimensión maternal, como el hombre primero al que Dios hizo varón y mujer, padre y madre?

Volvemos de nuevo a remarcar que la maternidad, aun siendo una cualidad esencialmente ligada a la condición femenina, desborda esa situación cuando se la considera en el ámbito espiritual, como actitud humana. Es entonces una disposición que abarca al hombre entero y por la cual se abre con entrañas de misericordia al dolor del mundo y trata de socorrerlo con su propio sacrificio y entrega. Es la actitud de protección de lo débil y de lo amenazado que tienen algo de semejanza con la invalidez del infante al aparecer en el mundo. La maternidad espiritual

<sup>19</sup> Nietzsche, l.c., n. 17, 311.

no se limita por tanto al propio hijo, sino que se extiende a los extraños y los hace hijos por el amor.

Tal modo de compromiso con lo débil y fracasado del mundo no es exclusivamente femenino. Se da a veces en forma muy especial en los hombres religiosos que se caracterizan por extender su solicitud amorosa sobre el mundo entero. Se sienten de alguna manera como madres de un mundo herido por el dolor y el abandono. Aquí la maternidad humana ha sufrido un cambio fundamental. Pues no se trata de una vinculación amorosa con el hijo nacido de las propias entrañas, sino que se esparce espiritualmente hacia el mundo entero. Este universalismo, tan propio de los hombres religiosos, da a la maternidad espiritual un sello nuevo y grandioso.

Cristo, como hombre en plenitud, nos va a manifestar en su ser innumerables dimensiones de lo humano. Y vamos a ver cómo a sus misiones de profeta, de maestro religioso y de héroe entregado por la salvación de sus hermanos, une los rasgos maternos que son inseparables de su misión. Una maternidad espiritual y universalista que no tiene fronteras y difunde su amor a cuanto de enfermo, pobre, débil o menospreciado se halla en la vida. Y no se ha de tratar de algo secundario, sino de una actitud fundamental que llena todo su evangelio.

La imagen central que nos presentan los evangelistas de Jesús es la del maestro bueno y compasivo que acoge a las multitudes, siente misericordia por ellas y les ayuda con sus milagros y palabras. Con frecuencia nos hablan de su compasión y hasta utilizan el verbo *splanchnízomai*, que implica una conmoción de las entrañas maternas, para describir su actitud ante los pobres o los enfermos. De esa manera el Mesías se revela por su piedad hacia los hombres, que alude a la de Dios. Esa misericordia honda y mesiánica se nos describe en el encuentro de Jesús con el leproso que le implora (Mc 1,41), en el acercamiento al pueblo congregado que se halla perdido, como ovejas sin pastor (Mc 6,34; 8,2), o cuando contempla a la muchedumbre fatigada y decaída, poco antes de enviar a los doce (Mt 9,36), o ante los dos ciegos que ruegan instantemente por su curación (Mt 20,34), o al acercarse a la viuda de Naín que lloraba la muerte de su hijo único (Lc 7,13). Todos acuden a Jesús en busca de misericordia y él la dispensa como la expresión más sincera de su alma<sup>20</sup>.

El verbo *eleéo* indica la irrupción de la misericordia divina en la miseria humana. Con esa misma actitud compasiva interviene Jesús en medio de los dolores humanos para socorrerlos. A la frecuente invocación: "ten compasión de mí" (Mc 10,47s; Mt 9,27; 15,22; 17,15; Lc 17,13) que las gentes afligidas dirigen a Jesús, él responde con el don de la curación o del consuelo. En una ocasión, después de expulsar al demonio

<sup>20</sup>L. Coenen y otros: *Diccionario teológico del N. Testamento*, Salamanca, 1983, III, voz *miserericordia*.

del cuerpo de un poseso, pide a éste que cuente en su casa cómo el Señor ha tenido misericordia con él (Mc 5,19). Y esa acción misericordiosa e incesante de Jesús se nos presenta como el signo verdadero del Reino de Dios (Mt 11,1ss; 12,28).

Jesús aparece así casi siempre rodeado del pueblo sencillo y de los necesitados sobre los que ejercita las obras de misericordia. Actitud típicamente maternal y protectora de la vida que adquiere tonos aún más conmovedores, cuando se trata de los niños que son acercados a Jesús por sus propias madres y él los abraza y bendice, contra la resistencia utilitaria de los apóstoles (Mc 10,13ss; Mt 18,10s). Con ese mismo espíritu maternal, propone Jesús a los niños como modelos en el Reino de los cielos y designa numerosas veces a sus discípulos con el apelativo de 'los pequeños' (Mc 9,36s; Mt 10,42; 18,14). Y con pasión también maternal amenaza a los que se atrevan a escandalizar a uno solo de esos pequeños. Sería preferible que a ese tal lo arrojaran al fondo del mar con una rueda de molino al cuello (Mc 9,42).

Especialmente ilustrativo es el pasaje en que Jesús resucita a la hija de Jairo. Jesús empieza por compadecerse del padre atribulado que le suplica. Lo acompaña hasta su casa y allí sin duda se emociona ante el dolor de aquella niña de doce años, símbolo de la inocencia y del desvalimiento de los llamados al Reino. Tiende su mano a la niña yacente y a través de ese gesto maternal le da la vida. Y de nuevo con solicitud de madre ruega que le den de comer. Las palabras originales *talitá kum* parecen expresar toda la solicitud maternal de Jesús con la humanidad afligida a la que entrega la vida nueva y verdadera.

Marcadamente maternal es también la actitud de Jesús frente a la vida. No busca ni la dominación ni el dinero, dimensiones esencialmente unidas a la misión paterna. Más bien, con una visión profunda de las relaciones amorosas entre los hermanos; menosprecia el dinero y el poder que suelen ser fuente de discordia y de lucha entre los mismos familiares. Por eso exhorta a desligarse del afán de lucro y del ansia de poder, de modo que el amor no encuentre barreras que lo destruyan. Es la gran preocupación de la madre que anhela la conciliación entre los hermanos y les anima a despreciar lo mismo el dinero que el poder, en orden a asentar una convivencia fraternal y pacífica. Todo ha de ceder en provecho de la unidad amorosa de los hermanos.

Jesús privilegia siempre la actitud de servicio aun a costa de la ganancia o del poder. Expresiones como ésta: "*El que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, como el Hijo del hombre que no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos*", resumen toda la actitud evangélica. Y no hay duda que reflejan el espíritu maternal. La madre no busca poseer ni dominar, sino primariamente servir y entregar su vida por la reconciliación de los suyos.

La escena del lavatorio de los pies revela el mismo espíritu maternal del servicio. Jesús se preocupa ante todo del amor y la unidad en la comunidad de sus discípulos. Por eso les enseña a desdeñar los honores y a ponerse a los pies de los demás en actitud de servicio que vincula a todos entre sí y con el maestro que se entrega desinteresadamente por el bien común. Y ese espíritu maternal es el que ha de llevar a los discípulos en su misión a un mundo herido de egoísmos y divisiones.

La misma forma en que Jesús se acerca a los enfermos o endemoniados para realizar su acción curativa nos muestra que él busca ante todo el encuentro personal y suscitar la confianza que brota de él. No hay en su misión forma alguna de técnica o de magia, frutos de un arte curativo. Prescinde por completo de rituales o de manipulaciones y obra de acuerdo a la fe que descubre en sus interpelantes. La curación es siempre fruto del encuentro y de la fe. Desaparece la técnica y se hace presente la misericordia y el amor que suscitan la fe genuina.

Tampoco exige a los pacientes obras o austeridades necesarias para la curación. No deja de ser sorprendente la ausencia en el Evangelio de una mística de la acción, más característica del padre. Jesús estimula más bien la confianza en Dios, como camino privilegiado para llegar a El. La parábola de la semilla que germina día y noche, mientras el hombre duerme, lo confirma claramente (Mc 4,26ss). Y lo mismo en las relaciones sociales entre los hombres. Más que a grandes empresas en común, se exhorta en el Evangelio a perdonar, a reconciliarse, a buscar la comunión que nace en torno a la presencia invisible del Cristo (Mt 18,20).

El mensaje evangélico de Jesús va en la misma dirección. El sermón del cerro en que nos propone su enseñanza es una paradoja que invierte los valores del mundo dominador y machista. La misma norma de la felicidad ha cambiado. Ya no se nos presentan como felices los ricos, los poderosos, los sabios, los que disfrutan de los bienes terrenos. En una dimensión paterna y guerrera de Dios, esos habían sido los bienes constantemente solicitados y admirados. Aquí Jesús nos va a mostrar las consecuencias de la nueva imagen de Dios que nos ha revelado. Los nuevos privilegiados ante el Reino son ahora los pobres y los humildes, los que sufren y los despreciados. Y la razón está en que al Dios del poder ha sucedido el Dios de la misericordia de rostro más maternal.

Jesús opta por los pobres y tiene su corazón junto a ellos. Es una novedad del Evangelio que muchos no han llegado a comprender. Nietzsche la atribuía al resentimiento. Algunos revolucionarios la han querido utilizar para incitar a las masas contra sus opresores. Sin embargo la inversión evangélica de los valores brota de la paradoja maternal que se entrega más generosamente a los hijos más débiles y despreciados, precisamente porque son suyos y su vida está en peligro de perderse. El Evangelio proclama la felicidad de los pobres y de los pecadores como una realidad

ya presente aun antes de esperadas revoluciones. Y la razón está en que el amor de Dios misericordioso se pone de su parte y los ha de conducir por el auténtico camino hacia el Reino.

En este mismo sentido creemos que hay que interpretar las palabras escandalosas de Jesús que nos invitan a no resistir al mal, antes poner la mejilla izquierda al que nos golpea la derecha y ofrecer la túnica al que nos quita el manto. No es extraño que estas palabras signifiquen para Nietzsche la suprema negación del heroísmo guerrero y de la valentía. Ni es de maravillar que los que siguen interpretaciones revolucionarias las borren de su evangelio, pues están llenas de un espíritu muy diverso al suyo. Pero la razón es que esos intérpretes no conciben más heroísmo y valentía que la que se muestra en la lucha directa y en el enfrentamiento violento. El heroísmo maternal que sufre y busca la paz a cualquier precio no lo llegan a comprender. Y es por ahí por donde se han de entender las palabras escandalosas de Jesús. Es la exhortación a preferir la paz y la concordia a todos los bienes materiales y terrenos, como lo hace la madre ante las disputas apasionadas de sus hijos. Es la anteposición directa de las personas a los objetos de disputa que las separan y destruyen.

Hay en la mística maternal un espíritu que es contrario a la economía mundana. Para ésta se trata de defender la vida en sus manifestaciones más sanas y completas. Y acepta como cosa natural que los individuos enfermos o malformados sean poco a poco desplazados, como material deteriorado. Spencer formula tranquilamente la idea que es, a su juicio, ley inexorable de la vida: "En un orden natural de cosas, la sociedad está continuamente expulsando a sus miembros enfermos, imbéciles, lentos, vacilantes, desleales". Por eso, a su juicio, los defensores de los pobres y enfermos, aun con la mejor intención, no logran detener "el proceso de purificación" y más bien aumentan "lo viciado"<sup>21</sup>. Se ve siempre una tendencia a considerar lo humano como "materia prima" que hay que depurar y seleccionar. El amor maternal, por el contrario, muestra su preferencia por lo feo, lo deforme o lo desgraciado en la vida y se entrega a salvarlo con acogimiento solícito, en medio de las luchas egoístas y seleccionadoras. Y es por ahí por donde se orienta el mensaje que Jesús nos transmite.

En ese sentido nos habla Jesús de que no ha venido a buscar a los justos, sino a los pecadores y que no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos (Mc 2,17; Mt 9,10). No se trata de una exclusividad selectiva, pues el mensaje evangélico va dirigido al mundo (Mt 13,38). Es siempre el rasgo maternal de la preferencia por lo amenazado. Eso mismo nos revela la parábola del hijo pródigo donde el hijo preferido no

---

<sup>21</sup> E. Spencer: "El Laissez faire", en *Los grandes pensadores políticos*, Madrid, 1965, 378.

es el honrado y laborioso, sino el pecador y libertino. Frente a una justicia retributiva que da a cada uno según sus obras, está la lógica maternal del corazón que prefiere al malo y al perdido. La alegría de la fiesta expresa el gozo maternal del padre ante el hijo recuperado. Y es la persona misma del hijo la que se antepone a los méritos humanos por valiosos que sean.

En forma magistral, la parábola del buen samaritano nos vuelve a revelar la dimensión materna del amor, pero con una amplitud de horizontes que abarca todo el dolor del mundo. Lo distintivo del seguidor de Jesús no es la fidelidad al culto, sino la misericordia con el hombre caído y abandonado. Al samaritano se le conmueven las entrañas —rasgo de connotación maternal— y por eso ayuda al herido, entregando su tiempo, su dinero y su amor. Y toda la tradición cristiana ha interpretado esta parábola, aplicándola primariamente a Jesús que pasó por la vida con esa sensibilidad abierta a todos los dolores humanos.

El mismo mensaje nos transmite el pasaje sobre el juicio final. Los escogidos, los benditos de Dios serán los que han pasado por la vida, dejándose impactar en sus entrañas por el dolor y la aflicción de sus hermanos de camino. Los que han alimentado a los hambrientos y auxiliado a los enfermos. Los que han consolado a los tristes y albergado a los desterrados. Es de nuevo la práctica que sigue el ejemplo de Jesús que, como nos dice S. Pedro, pasó por la vida *"haciendo bien y curando a todos los oprimidos por el diablo"* (Hch 10,38).

Terminamos con algunas expresiones de Jesús que parecen tener referencias más explícitamente maternas. Una de las más bellas es la escena en que Jesús se dirige a la Jerusalén rebelde que había rechazado su mensaje y le anuncia tristemente sus castigos. Pero a la vez la interpela con estas conmovedoras y maternas palabras: *"¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo sus alas y no habéis querido"* (Mt 23,37). Y en un contexto no muy diferente, Lucas nos presenta a Jesús derramando lágrimas de dolor por la traición de su querida patria (Lc 19,41). Jesús extiende su compasión maternal hasta aquellos que le han rechazado y que serán sus torturadores.

En sus palabras a sus discípulos también parece sentirse el calor materno por aquel su rebañito pequeño (Lc 12,32). Con invitación que recuerda a la Sabiduría, se dirige a los pobres y agobiados con estas dulces palabras: *"Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados que yo os aliviaré"* (Mt 11,28). En momentos de emoción especial no teme designarlos como hijitos (Jn 13,35). O en la alegoría del buen pastor les asegura que ha venido para que tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10,10).

No faltan, por último, algunas imágenes que se nos presenten estrechamente ligadas al mundo maternal. La del grano de trigo que muere para que de su entraña resurja la cosecha (Jn 12,24). La de la vid que

transmite su savia a los sarmientos que son los discípulos que viven de la vida del propio maestro (Jn 15,4). O la eucaristía en la que se entrega como alimento de sus discípulos, de modo que su cuerpo se hace vida para el mundo (Jn 6,51). El símbolo del pelícano que se hacía alimento para sus hijos fue siempre un símbolo maternal privilegiado para expresar el misterio de la eucaristía.

Podemos, pues, concluir que la persona misma de Cristo y su mensaje resultan incomprensibles, si se las despoja de esa dimensión maternal que se expresa en el amor misericordioso hacia los débiles. La maternidad espiritual alcanza en Jesús sus expresiones más profundas y universales con la grandeza de un amor que abarca al sufrimiento de todos los mortales. El Evangelio es realmente un mensaje de maternidad espiritual destinado a todos.

#### V. La Maternidad Espiritual de María

Llegamos ahora al tema central de nuestro trabajo: la maternidad espiritual de María. Juzgamos que las reflexiones anteriores han preparado el camino para comprender este misterio mariano, como algo esencialmente vinculado a la esencia misma del Evangelio. No se trata de un tema marginal o de un residuo de paganismo que se infiltra en la piedad popular. La maternidad espiritual de María viene a inscribirse en una corriente central de toda la revelación y a conferirle nuevas riquezas. Cabrán desviaciones, como en toda actitud religiosa, pero no serán precisamente por insistencia en la maternidad espiritual sino quizás por no comprenderla rectamente.

La maternidad espiritual de María adquiere ahora una significación indisociable del mensaje cristiano en su conjunto, ya que hemos visto cómo a lo largo de la revelación se nos ha ido manifestando esa maternidad lo mismo en Dios, que en Cristo, que en los profetas que nos anunciaron su mensaje. Podríamos decir que en María se nos revela la figura de la maternidad espiritual en toda su plenitud humana. Sólo María se nos presenta como exclusivamente madre en toda la significación de la palabra. En Dios o en Cristo hemos visto esa maternidad como una sola dimensión de realidad desbordante. María es la Madre por excelencia. Aun otros rasgos de su ser femenino parecen diluirse ante la fúlgida presencia de la maternidad. Lo mismo en la cuna de Belén que en el Calvario se nos presenta con su Hijo en los brazos. Y es por esa maternidad que su misma sponsalidad y su actividad personal y social quedan obnubiladas. María no es más que madre.

Y su maternidad es esencialmente espiritual. Evidentemente que es la madre de Cristo en sentido biológico y personal. Su ser femenino le dispone para esa maternidad en sentido total. Pero lo verdaderamente significativo de su maternidad es que no se reduce a lo meramente somático o psicológico, sino que alcanza la dimensión espiritual. Es decir, que

el amor de María a su hijo humano, Jesús, no es meramente el amor de cualquier madre por su hijo. Como nos lo muestra el Evangelio, es el amor al Salvador de todo el mundo, al que cumple las promesas de Dios, al que inaugura la nueva humanidad. Y por eso se trata de una maternidad espiritual que abarca ya en su misma raíz a todos los hombres. Y por eso la maternidad de María es una maternidad universal, pues es madre de la redención humana y de todos los hombres redimidos en Cristo y por Cristo. No estamos ante un mero acontecimiento biológico, sino ante una actitud esencialmente espiritual de maternidad que abarca los dolores y pecados de la humanidad entera que buscaba la salvación.

Toda la línea maternal que hemos visto se ha ido manifestando progresivamente en la revelación alcanza así en María una plenitud humana y femenina. La maternidad supone en su raíz la femineidad, para realizarse plenamente. María es la expresión suprema de esa maternidad espiritual que la mujer maternal ejercita sobre el mundo y con la que mitiga su dureza inclemente. Maternidad que ha seguido después viviendo en la Iglesia, inclinada siempre sobre las cunas de los niños, o tendiendo la mano a los ancianos desvalidos que reclaman apoyo. Ante el dolor acongojado de los enfermos o ante la misma fortaleza de los hombres la Iglesia ha seguido ofreciendo su seno maternal y acogedor. María acogió en su seno a Cristo y con él a la humanidad sufriente y esperanzada. La Iglesia ha seguido después con esa misma misión maternal sobre el mundo entero que no pasa de ser un niño desvalido que reclama una madre<sup>22</sup>.

Vamos a tratar de desarrollar brevemente el tema de la maternidad espiritual de María, relacionándola en primer lugar con la maternidad de Dios de que hemos hablado y después con otros momentos cruciales de la maternidad en el mensaje revelado. Tratamos así de reafirmar de nuevo el sentido bíblico de la maternidad espiritual y a la vez la certera comprensión de ese mensaje por parte del pueblo cristiano que siempre se ha dirigido a María como a la Madre por excelencia en la vivencia misma de su ser cristiano.

### 1. *María y la maternidad de Dios.*

Ya hemos señalado anteriormente que la maternidad es el sacramento natural más impresionante del amor de Dios. Se halla explicitado en las tradiciones religiosas de todos los pueblos y la Escritura no ha temido utilizarlo, aun en circunstancias dominadas por un fuerte machismo. Y es que el amor materno refleja las más bellas dimensiones del amor de Dios. El desinterés generoso que es proverbial en la madre y que se muestra como característica del amor de Dios. La constancia y la fidelidad aun en medio de las más crueles vicisitudes. La capacidad de perdonar hasta lo insospechado. Todos son rasgos que la revelación atribuye a

<sup>22</sup> Ver Gertrud von Le-Fort, *La mujer eterna*, Madrid, 1957, 125ss.



Yahvéh como propios y característicos. Por eso si alguna imagen de este mundo nos puede hablar de Dios es sin duda la madre con su entrega incondicional por sus hijos.

Una de las más bellas formulaciones del Nuevo Testamento nos dice que Dios es amor. Un amor que desborda cuanto el hombre puede imaginar. Pero ciertamente que a la luz de nuestra realidad, no hallamos un amor más noble y puro que el de la madre. Como nos dice E. Fromm: "Es precisamente por su carácter altruista y generoso que el amor materno ha sido considerado la forma más elevada de amor, y el más sagrado de todos los vínculos emocionales"<sup>23</sup>. Dios que se nos quiso revelar supremamente en la figura humana, no quiso desechar la figura maternal y quiso mostrarnos en María los rasgos maternos de su amor en su dimensión femenina y plenamente humana.

La maternidad de María tan explícitamente consignada en la Escritura es ya un verdadero sacramento que nos revela los rasgos amorosos de Dios. Y la maternidad de María revela el rostro amoroso y maternal de Dios precisamente en su entrega amorosa a Cristo, el Hijo del Padre, que es a la vez su hijo (Gá 4,4). Hay como una confluencia del amor del Padre y del amor de María en Cristo. Y el amor visible de María nos revela el amor invisible de Dios.

La imagen suprema de la Madre se nos presenta siempre con su hijo en los brazos. Ella es su morada y como su matriz espiritual. Y es así como el Evangelio nos presenta a María con su hijo, Jesús, en Belén y en el Calvario, con los rasgos maternos de Dios. Son como las dos caras de la maternidad: una gozosa y otra dolorosa. Una con el gozo mesiánico de la salvación cumplida tras largos siglos de esperanza y otra con la espada de dolor clavada en el corazón ante el Siervo de Yahvéh que ha sido entregado por nuestros pecados (Lc 2,35). Son las imágenes fundamentales de la maternidad en los momentos cruciales de la salvación, donde también el amor de Dios llega a su exceso.

Pero precisamente porque la maternidad de María es espiritual y mesiánica con respecto a su hijo, no se puede terminar con él sino que ha de extenderse al mundo que se está salvando. De ahí la espontaneidad con que el pueblo cristiano traslada la maternidad de Cristo en maternidad universal o maternidad de la Iglesia. Es una vivencia espontánea que la teología confirma al mostrarnos que Jesús es el primogénito entre muchos hermanos (Ro 8,29), o que la que es Madre de la Cabeza ha de serlo también de los miembros del único Cristo total.

Y no se trata de meras conclusiones teológicas que vinculan esos dos datos bíblicos: la maternidad espiritual de María y la dimensión universal de Cristo, su hijo. Los mismos hagiógrafos han puesto de relieve la di-

---

<sup>23</sup> S. Fromm, l.c., 64.

mención salvífica de la maternidad de María, revelándonos su carácter universal y espiritual que nos remite de nuevo a la maternidad de Dios. Lucas ha pretendido mostrar en sus relatos de la infancia que la maternidad de María es una misión estrechamente vinculada a la obra de la salvación. Es su maternidad la que lleva a la nueva difusión del Espíritu y a la primera proclamación de Jesús como el Señor (Lc 1,41ss). Por eso mismo se ponen en la boca de Simeón, lleno del Espíritu Santo, estas palabras proféticas: "Y a tí misma una espada te atravesará el alma" (Lc 2,35). La revelación sobre la misión de Jesús se extiende también a María. Y eso es señal de que toma parte activa en esa misma misión. No es sólo la madre de Jesús que obrará la salvación. Es madre en un sentido verdadero de la misma salvación, ya que ella ha de participar con su dolor maternal en esa obra, a la que se nos muestra vinculada. Y su participación en ella será maternal, pero de una maternidad espiritual y universalista.

Y lo que nos dice Lucas sobre la infancia lo confirma Juan sobre la pasión. En el momento mismo de la hora de Jesús y cuando las profecías se van cumpliendo rigurosamente, Juan nos presenta a María al pie de la cruz en un diálogo misterioso con su Hijo, a punto de morir. También en este pasaje Juan pretende enseñarnos que la maternidad de María desborda la dimensión íntima y familiar y enlaza directamente con la obra salvadora. Como señala Dubarle, en esa palabra de Jesús a su madre se trata "de un acto que interesa a la redención del mundo y no simplemente la manifestación de una piedad filial que pretende aliviar la soledad de una madre viuda. Jesús es presentado como plenamente consciente del alcance de los acontecimientos. ¿Cómo creer que en aquel momento, el que es del cielo y al cielo iba a retornar hablase solamente de las cosas de la tierra y no de los misterios divinos?"<sup>24</sup>.

En el mismo sentido nos hablan las palabras de Jesús que comienzan por encomendar a Juan a la piedad de María y no viceversa, como hubiera sido lo natural si su preocupación hubiera sido la viudez de su madre. Por eso desarrollando el contenido mismo del texto, numerosos testigos de la tradición han visto en Juan la figura del discípulo que es confiado a la solicitud maternal de María que expande así su maternidad espiritual de Cristo a la Iglesia entera. En ese sentido, los cristianos se han colocado gozosamente en el lugar de Jesús y de Juan y han experimentado la solicitud maternal y espiritual de María que se extiende a la Iglesia entera. El amor de Dios se sigue revelando en esa su maternidad femenina y solícita por la salvación de los hombres espiritualmente desamparados.

## 2. *María y la maternidad de Eva.*

Vamos ahora a tratar de comprender la maternidad espiritual de María por la comparación con otras formas maternas de mediación en

<sup>24</sup> Citado en L. Deiss, *María, hija de Sión*, Madrid, 1964, 288.

los momentos claves de la historia salvífica. Privilegiada es la imagen de Eva, la primera Madre universal de todos los vivientes. Es la compañera de Adán y la portadora del misterio de la vida y de la esperanza de la salvación, aunque en ella también se revela fundamentalmente el misterio del pecado. Todos nosotros hemos recibido por su mediación la vida y con ella la herencia del pecado que nos distancia de Dios. Pero a la vez fue ella la que acogió la promesa de salvación que había de alentar a todos los hombres hasta Cristo.

Pablo había establecido el vínculo fundamental entre las figuras de Adán y de Cristo. Encontraba en esa relación antitética los pivotes sobre los que se apoyaba su interpretación de la historia del pecado y de la gracia. Los más antiguos Padres de la Iglesia extendieron esa antítesis a Eva y María. También en María se nos revela la Madre por excelencia. Ella es la que nos transmite la nueva Vida a todos los vivientes. Ella es la compañera misteriosa de su Hijo que se hace con El trasmisora, no del pecado, sino de la gracia. De hecho la promesa de salvación se hizo realidad en su persona. Ella es la madre de la promesa cumplida. Ella participa en la transmisión a todos del don de la gracia. Con esta nueva antítesis se complementa la paulina y se ilumina el proceso de la salvación.

Las fórmulas de los Padres insisten en la maternidad de María que alcanza no sólo a Cristo, sino a su obra de salvación. Ireneo nos dice: "El Hijo de Dios se hizo hombre, abriendo puramente el seno que regeneraba a los hombres para Dios"<sup>25</sup>. Efrén nos dice categóricamente que "por Eva nos vino la muerte, la vida por María"<sup>26</sup>. San Nilo presenta a María en contraposición a Eva, "como verdadera madre de todos aquellos que viven según los preceptos evangélicos"<sup>27</sup>. Sería fácil multiplicar las citas de la tradición que abundan en ese mismo sentido.

Nos encontramos así con el hecho fundamental de que María nos es presentada como la Madre del Hombre nuevo y de la nueva humanidad, en contraposición con Eva, la pecadora y la transmisora del pecado. Por María se nos ha comunicado la Vida que nos da la salvación. Es la Madre del Primogénito entre los muchos hermanos (Ro 8,29). La Madre de la promesa hecha a Abraham (Gá 3,16). Como la maternidad de Eva, la de María se nos presenta con un carácter universal que brota de la dimensión inundante de la Vida que es Cristo.

María, como la Madre de la promesa fue esperada ansiosamente por las sucesivas generaciones de los hombres del Antiguo Testamento. Todos miraban hacia la nueva Eva que hiciera plenitud la promesa hecha por Dios a la primera Eva. Y de hecho el Evangelio nos transmite la buena nueva del nacimiento de Cristo, entregado a nosotros por María, madre

<sup>25</sup> *Adv. haer.* 4, 33, 11; PG, 7, 1080.

<sup>26</sup> *Ephraem Syri Hymni et sermones*, ed. I. Lamy, vol. 2, 526.

<sup>27</sup> S. Nilo, PG, 79, 179.

de salvación (Lc 2,11s). Por María nos llegan las bendiciones de Dios que cumplen todas las esperanzas de largas generaciones (Lc 1,54s). Este solo hecho bastaría ya para que todos los creyentes pudiéramos proclamar a María como nuestra madre espiritual, pues gracias a ella y a su mediación maternal, hemos recibido la Vida de Dios. Pero el Evangelio nos hace sentir que su participación en la obra salvadora es mucho más inmediata que la de Eva en la transmisión del pecado.

La escena que Lucas nos transmite de la anunciación a María podemos contraponerla, en el espíritu de la contraposición hecha por los Padres, a la de la creación y el pecado de Eva. Sobre María descende el Espíritu regenerador, como de algún modo se había infundido sobre el ser humano en su creación. También María es sometida a la prueba de la fe, al recibir la promesa increíble de la generación virginal. Y se mostró en ella fiel a diferencia de Eva, ansiosa de lo divino, o de Zacarías incrédulo ante lo magnífico de la promesa. María se pone como esclava a los pies del Señor y para la misión maternal que se le confía (Lc 1,38). Y en aquel instante nace la nueva humanidad en el seno y el corazón de María.

El mismo pasaje amplía la semejanza de María con Eva al pueblo peregrino en espera de la promesa de salvación. Por eso la nube del Espíritu cubre a María con su sombra, como cubrió al pueblo peregrino en el desierto y como moró después en el santuario del templo, de donde irradiaban las bendiciones para todo Israel. También María se nos presenta como morada plena de la *shekiná* por la que su hijo será en realidad el Hijo de Dios. Y María aparece como el templo de la nueva alianza del que surge la plenitud de Vida para todos los creyentes.

La nueva escena de la visitación a Isabel viene a confirmar de nuevo que la maternidad de María, en su dimensión más espiritual, alcanza a los creyentes de la nueva alianza. María se hace peregrina por toda la Palestina, como portadora del Salvador. Y al llegar a la casa de Juan el Bautista provoca, como portadora del Espíritu nuevo, una verdadera fiesta cristiana en una comunidad ya casi eclesial, donde se proclama la fe en Cristo, se entonan las alabanzas por el don recibido de la salvación y se santifica al Precursor y a su familia. María ha sido la inauguradora de esta celebración eclesial de la que surge el nuevo pueblo. María aparece no sólo como madre del Salvador, sino como madre de la Iglesia.

La mediación maternal se profundiza así y se nos muestra en la misma esencia de la historia de la salvación, en el origen del pecado y en el de la gracia. La misma tradición bíblica veía las promesas de Dios vinculadas a la generación humana y a la mediación maternal. La maternidad de María no hace más que llevar a plenitud esa mediación en el instante crucial del surgimiento de la salvación.

### 3. *María y la paternidad de Abraham.*

Si Eva era la madre de todos los vivientes, Abraham se nos presenta como el padre de todos los creyentes. Si Eva era el origen de la vida, Abraham es el origen de la alianza de vida. Por eso juzgamos que su figura puede iluminar la de María a la que podemos considerar madre del Nuevo Testamento. A primera vista, salta el contraste entre la paternidad en una alianza y la maternidad en otra. Pero juzgamos que se trata de una complementación, ligada al mensaje mismo de ambos testamentos. Ya vimos cómo el Antiguo se mostraba en sus orígenes predominantemente paternal. La figura materna hubiera resultado allí impropio. Sin embargo hemos visto la tendencia hacia la maternidad en toda la revelación. No nos puede resultar por eso extraño que en el umbral del Nuevo Testamento no nos encontremos con una paternidad humana, sino con la maternidad de María que augura ya los ecos maternos que resonarán en el Evangelio.

La correspondencia de ambas figuras es sin duda impresionante. Abraham es el padre de los creyentes. A la promesa de ser padre de muchos pueblos (Gn 17,5), se une su paternidad en la fe (Gá 3,7). Abraham es realmente el padre del Antiguo Testamento que nació de su acogida fiel a la promesa de salvación. Y por eso los creyentes del Antiguo Testamento y aun los del Nuevo lo proclamamos como padre y nos guiamos por su ejemplo. Pues no es únicamente el primero en el tiempo de la fe, sino que nuestra fe depende fundamentalmente de la suya que dio acogida fiel a la promesa.

En un sentido aún más profundo podemos decir de María que es la madre de nuestra fe. Ella fue la primera en aceptar la promesa cumplida ya y la que la posibilitó a sus descendientes en la fe. Ella es la que inaugura el Nuevo Testamento, como Abraham lo hizo con el Antiguo. Ella es la madre de la nueva fe, como Abraham fue padre de la fe en la promesa. Y como Abraham, no es María meramente la primera en el orden cronológico, sino el verdadero origen de una nueva fe en la realización de la promesa. De María surge así un nuevo pueblo por su Hijo Jesucristo. Más aún, podemos decir que la maternidad de María es mucho más decisiva que la de Abraham, cuanto la realidad supera a la mera promesa. María nos dio al verdadero Salvador y con él la posibilidad de integrarnos a su cuerpo, comunidad adelantada del Reino.

Pablo ha insistido con energía en el hecho que la descendencia de Abraham es Cristo. Y por eso María se nos presenta como madre de la descendencia. Más aún, María ha de pasar por una prueba semejante a la del gran patriarca. Este hubo de caminar con el hijo de la promesa hacia un cerro donde debía ofrecerlo en sacrificio, negando así la misma posibilidad del cumplimiento. También María acompañó a Jesús en su marcha hacia el Calvario, hacia el sacrificio del Salvador que parecía tirar

por tierra su obra de salvación. Y como el patriarca, María sintió el gozo vivificador al recibir de nuevo a su hijo tras la resurrección. Con la diferencia fundamental que hay siempre entre la realidad y los símbolos que la preparan.

Pero todavía hay otra fórmula en el Apocalipsis que viene a complementar el sentido de la maternidad espiritual de María. No es sólo como Abraham, padre de la descendencia. María es madre de la descendencia y a la vez madre del "resto de la descendencia" (Ap 12,17). Aun cuando se trata de un pasaje complejo, donde los rasgos marianos se confunden con los eclesiales, no parece difícil mostrar que nos encontramos con una prolongación de la maternidad de María hacia todos los seguidores de Cristo. Y la razón está en la estrecha unidad en el concepto mismo de descendencia que es a la vez Cristo y todos sus seguidores en el Evangelio.

En efecto, la mujer vestida de sol y coronada de estrellas es caracterizada, como la que *"dio a luz a un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su Hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono"* (Ap 12,5). Para algunos comentaristas esa mujer es sin duda María que se transforma posteriormente en la Iglesia, por su carácter de madre de la descendencia y del "resto de los hijos". Para otros se trata de la Iglesia del Antiguo Testamento que da a luz al Mesías. Pero aun en esta interpretación, el sentido mariano no se halla ausente. Pues María significa, en realidad, la concentración última del pueblo del Antiguo Testamento, a través de la cual se dio el paso decisivo hacia la salvación. Ella es, pues, como Abraham, el nuevo comienzo del pueblo, la madre de una descendencia que en realidad va a superar a las estrellas del cielo y a las arenas del mar.

También la Iglesia del Nuevo Testamento es concebida como madre que da a luz con sus desvelos a sus nuevos hijos (Gá 4,26). Pero como la del Antiguo Testamento también ella se encuentra tipificada fundamentalmente en María. Pues ella es el puente estrecho por el que la herencia y las aguas del Antiguo pasan al Nuevo Testamento. Ella es lugar de convergencia de la vieja Iglesia y punto de expansión de la nueva. Por eso la maternidad esencial de la Iglesia, prolongadora de la de Cristo, encuentra su tipo primero y fundamental en María, la madre del Salvador y la madre de los que en El se incorporan a la descendencia.

#### 4. *María y la maternidad de los Apóstoles*

Pero todavía nos vamos a fijar en un último ejemplo de mediación maternal que nos ayude a comprender la misión de María. Y es la de los apóstoles y ministros del Nuevo Testamento. No hay duda que los apóstoles suelen presentarse como los nuevos padres en la fe. Y como tales son reconocidos por los cristianos (1 Co 4,15; Flm 10; 1 Pe 5,13). Pero no faltan textos en los que esa paternidad, cuando se ve colmada de dolores y de trabajos y exige una solicitud generosa y desprendida,

adquiera los tonos de una verdadera maternidad. Uno de los textos más célebres en este sentido es el de Pablo a los gálatas: "*¡Hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros*" (4,19). También el apóstol Juan se dirige con frecuencia a sus discípulos con la fórmula: "*hijitos míos* (1 Jn 2,1). Es un apelativo cariñoso y de resonancias maternas, lo mismo que otros que se emplean en la carta, como "queridos" o "queridísimos". Tal ternura rezuman esos apelativos que despiertan enseguida entre nosotros ecos maternos.

Los apóstoles como predicadores y fundadores de las nuevas Iglesias, se sienten padres y aun madres de los nuevos creyentes a los que transmiten la fe. Sufren a lo largo de ese difícil proceso en el que la fe es concebida en los corazones. Prolongan de alguna manera la acción maternal de María que concibió por primera vez la nueva fe en su corazón y la llevó, como vimos, hasta las montañas de Judea. Y es que la maternidad de los apóstoles forma parte de la maternidad de la Iglesia y, como tal, encuentra en María su imagen primordial.

El evangelista Juan nos ha presentado en la escena misma en que se manifiesta por primera vez la gloria de Jesús, la mediación de María en el milagro que despierta la fe de los discípulos. Es en Caná de Galilea y con motivo de unas bodas, símbolo indiscutible del Reino. María estaba allí invitada y fue quizás la ocasión de la invitación de Jesús con su "Iglesia naciente". Es también María la que advierte la falta del vino y la que se lo comunica a Jesús con un cierto tono de súplica implícita (cfr. Jn 11,3). Es ella la que ordena a los criados hacer cuanto Jesús les mande, con una confianza que se adelantaba a la de los discípulos. Y es a través de esa su mediación maternal y cuidadosa que se realizará el milagro y se despertará por vez primera la fe de los apóstoles.

No se puede dudar que existe una clara estrategia en el evangelista, al colocar a María con su discreta mediación en este primer milagro. Su paralelismo con el pasaje de la cruz reafirma el sentido mariano del texto. María es pues madre y mediadora en el surgimiento de la fe de los apóstoles. Estos habrán de ser luego transmisores de esa misma fe con una misión más oficial. Pero en el misterio de su propia fe estará presente la mediación maternal de María.

Cuando la comunidad apostólica se reúne después de la resurrección, también se reúne en torno a María (Hch 1,14). Se está preparando el acontecimiento de Pentecostés que podemos comparar a la anunciación de María, pero en una dimensión más universal y eclesial. La venida del Espíritu sobre María para la encarnación se hace ahora extensible a la Iglesia naciente que se congrega de nuevo en torno a María. También ahora la sombra del Espíritu fecundará el seno de la Iglesia para que nazca de ella el Hijo de Dios en su dimensión universal y mística.

María que había experimentado, la primera, la comunicación del Espíritu nuevo y había acogido obediente la Palabra de Dios está ahora

presente en ese momento clave del nacimiento de la Iglesia. De nuevo se actualiza su mediación maternal, como en las escenas del nacimiento de Jesús. Los apóstoles serán en adelante los que promuevan y hagan nacer incesantemente a la Iglesia con desvelos también maternales.

### Conclusión

Hemos tratado de mostrar a lo largo de este trabajo el valor esencial de la maternidad espiritual en la revelación y cómo María es la suprema expresión humana de la plena maternidad femenina y espiritualmente cristiana. Hemos visto en ella, como símbolo privilegiado de la Iglesia, rasgos maternales que hemos descubierto también en la imagen bíblica de Dios y en la figura y misión de Jesucristo.

De esa manera juzgamos que la maternidad espiritual de María queda plenamente justificada, como algo esencialmente ligado al mensaje cristiano y que profundiza dimensiones esenciales de la revelación. No se trata por tanto de un culto "sospechoso" o meramente tolerado por la devoción impaciente del pueblo o por condescendencia con hábitos culturales de pueblos nuevos en la fe.

Nos hemos referido naturalmente a lo más auténticamente cristiano de la devoción a María, la Madre. No queremos por eso justificar toda forma de piedad mariana, tal como la vive nuestro pueblo. Reconocemos que a veces pueden darse cultos en los que predomina una visión de María, enfocada desde el interés por la fecundidad, o en los que se dan sincretismos ambiguos donde lo pagano sigue siendo poderosa influencia, o en los que se ha podido llegar a ciertas nivelaciones que no diferencian los roles esencialmente diversos de Jesús y de María. No negamos esas desviaciones que juzgamos se dan en toda forma cristiana de piedad de una u otra manera. Pues los caminos hacia Dios nunca son nítidos y sin peligrosas ambigüedades.

Pero seguimos creyendo que, en lo fundamental, la devoción de nuestro pueblo descubre la verdadera veta de la maternidad espiritual. Un signo de ello es la conexión ineludible entre la maternidad espiritual y el sacrificio por los otros que nuestro pueblo vive, de manera especial las mujeres y las madres. Hay ahí hondos valores de solidaridad con el sufrimiento ajeno que se alejan mucho del moderno individualismo. Hay ahí un espíritu de servicio que es preciso desarrollar en nuestro pueblo contra el egoísmo pragmático de la cultura moderna.

Nuestro pueblo está pasando hoy de una cultura rural a otra urbana. Es natural que sus imágenes religiosas sufran ciertos cambios. Pero juzgamos importante enraizar los verdaderos valores religiosos de nuestro pueblo frente a las modernas corrientes exóticas o abusivamente pluralistas. Y pensamos que en la devoción a María, la Madre, se encierran profundos valores auténticamente cristianos que debemos conservar y reevangelizar en orden a una vivencia genuina de nuestro catolicismo y de nuestra tradición cultural que lo ha vivido durante siglos.